**DIARIO SIN FECHAS
DE CHARLES B. WAITE***

Francisco Hernández

12

Siéntate ahí, sobre esa piedra, la más blanca,
a la entrada de la casa en ruinas.
Abre las piernas. Así. Ahora sube la izquierda
al escalón, el menos claro, y permite al rebozo
acomodarse en la rodilla.
¿Te quitaste el cinturón de castidad como te lo pedí?
Sonríe sin mirar a la cámara y sostén
a la encordada concha de armadillo
con tu mano de música.
Después voy a fotografiarte allá,
detrás de las paredes, con mis dedos
repletos de botones.
No pestañees. No respires. Pasa la lengua muy despacio
por tus labios.
En la jaula, aunque no lo distingas,
hay un pájaro.
Y canta, aunque no lo escuches,
un son de claroscuros en desbandada.

* Estos poemas forman parte del libro que lleva por título *Diario sin fechas de Charles B. Waite*, recientemente galardonado con el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines, 2005.

15

Ya llega el Viernes Santo celebrándose.
Nubes llenas de palmas. Perros con sotana, sedientos.
Pecadores metidos en costales.
Uno pretende abandonar su celda
y el cuchillo caliente que se yergue del polvo
le recorta la sombra.
Nadie respira. Nadie suspira. Nadie inspira.
Aún así, la quietud reza internándose a tumbos
por los escupitajos de la embriaguez.
Con sus cuerpos de cirros y sus apodos caninos,
hombres y mujeres confiesan su lujuria.
Los altares cuelgan sin ángeles, del miedo.
Los minutos se expanden frente a la Inmaculada
Concepción.
Los segundos se disfrazan de espinas.
El ventarrón mete sus dientes en las sandías,
negándose a pactar con los milagros.

111

37

Fotografiar a nadie como nadie.
Aparentar dominio de la técnica.
Crear un estilo irreplicable,
de posibles distancias nunca vistas.
Que las imágenes salten en la red del oidor
si las contempla.
Tus primeras visiones, rescatarlas.
Que tu entorno inicial corte retinas.

Será el ramaje de la niñez lo que se mueva.
La frescura del ácido te hará ver el camino
Hacia un naciente código secreto.

55

Dejar esta honradez del sol,
conjugadora de los verbos mirar, descubrir,
contemplar, escudriñar.
Dejar atrás el cielo azul intenso,
el alma ya salada por la angustia
y los rojos brazaletes de las amapolas.
Abandonar esta frescura de antiguo testamento,
estos cactus de donde cuelgan cabras
con vestidos radiantes.
Y a ti, aunque no te conozco ni me conoces,
debo escribirte que ha estallado
otra guerra de mala muerte.
De poco servirá, pero ha llegado.
Alta traición es la ceguera
por uno mismo concebida.
Relámpagos. Disparos. Canciones revoltosas
en los trenes.
Y un perfume de casta moribunda
alrededor de muros con jazmines.